



Ayer estuve cenando en Zalacaín, como los ricos

Jueves, 31 de enero de 2002

Ayer estuve cenando en Zalacaín. Sí, ¿qué pasa, por qué ponéis esa cara? ¿No creéis que tenga yo porte y categoría pa cenar allí? Me sobran. Es más, os confieso que soy un tío de mucho ringo rango, pa que lo sepáis. Pues eso, el caso es que unos amigos míos, Juan y Fernando, querían agradecerme un favor y se empeñaron en invitarme a cenar: "elige el sitio que más te ilusione conocer, uno que sea muy caro y al que nunca hayas ido". No me diréis que la invitación no era llamarme a la cara paleta...

Pues yo, lejos de ofenderme, dije: "Mu bien, pues Zalacaín". Y pallá que nos fuimos. Me puse en casa a darle vueltas al armario y me vestí pa la ocasión...camisa cruda, pantalón de pinzas marrones, un jersey marrón oscuro y náuticos marrones de invierno. Qué barbaridad, qué apaño, voy a ser la sensación del lugar. Eché un último vistazo al espejo y pensé: estás más elegante que un cerdo con tirantes...

Así que recogí a Juan y nos fuimos al restaurante. Yo entré recreándome e intentando que alguien me viera, mirando ya desde el hall por encima del hombro, pa que se notase que aquello era nuestra salsa habitual. De repente, de no sé muy bien dónde, salen a nuestro encuentro un pedazo de maitre, un camarero y una señora con cofia que parecían sacados de la casa donde trabajaba Mary Popins. Muy serios los tres, con cara de irnos a dar el pésame, nos cierran el paso y dicen "Buenas noches, señores. Lo sentimos, pero aquí se requiere chaqueta y corbata. Son las normas de la casa". Juan y yo nos miramos y les volvemos a mirar como esperando de ellos un perdón con regañina. Pero no, se cuadran y aguardan respuesta. Juan toma la iniciativa y les amaga con un "venga, hombre, si hemos venido otras veces y no nos la han pedido"...

Pero el maitre ese, que ya había tratado antes con paletos como nosotros, insistió en que las normas eran uno de los valores de esa casa y que o las cumplíamos o nos íbamos. Cuando Juan estaba a punto de hacer la chulería esa de "aquí se quedan, que nosotros nos vamos a otro lao donde nos quieran", sonó una voz en la salita de al lado que con muy buen tono nos pedía que nos comportásemos con la corrección debida. "¡Coño, si es Fernando, y el cabrón lleva chaqueta y corbata, será maricón...", pensamos Juan y yo. "Haced caso a estos señores y poneos una corbata y una chaqueta, como he hecho yo ahora mismo".

Juan y yo no dábamos crédito. El caos se apoderó de la escena, ya que ambos estábamos pensando que Fernando se había puesto de traje aposta en su casa y les había pedido a los del restaurante que nos vacilasen al llegar pa reírse un rato. Y la tensión creció un poco más en espera de que alguien se riese y admitiese el engaño. Pero nada de eso ocurrió. Fernando tomó las riendas y nos ayudó a entender la realidad: "venid al ropero con esta señora -la de la cofia-, que os va a proporcionar una chaqueta y una corbata para que estéis a tono".

Nos escondimos literalmente en el ropero excusándonos y haciéndoles creer que de paletos, nada, que nosotros teníamos nuestras propias corbatas y trajes en casa y que no nos los habíamos puesto pa descansar de tanto llevarlos...y el maitre y el ama de llaves nos seguían la corriente pensando..."que esta geeeeeente soon de pueeebloo, que esta geeeeeente soon de pueeebloo".... Y yo me decía por lo bajini..."de paata neeegra, de paaata neeegra, nosotros semos de paaata negra"...



Vestíos pa triunfar

No os imagináis la oferta de atuendo, aquello parecía el ropero de mi tío Pedro...corbatas rancias de hace 60 años, chaquetas cogidas de los restos de un hospicio para 'homeless'...En fin; resignados, cogimos una cada uno y nos las pusimos. ¡Qué pinta tenía yo, con el pantalón marrón, la chaqueta gris oscura de una talla mayor, la corbata burdeos y beige de ositos y la camisa cruda con botones en el cuello"...parecía un guiñol de los de Canal +, el guiñol de marroquí de patera. Pero lo que era de traca era la estampa de Juan: ese pelirrojo con la piel sonrosada, camisa de cuadritos rojos y verdes tipo leñador también con botones en el cuello, una corbata que se mataba y la chaqueta...era pa asesinarle, parecía uno de esos profesores de inglés sin un duro que se pasan todo el año igual vestidos y oliendo a pachuli.

El caso es que nos juntamos con Fernando y fuimos con la cabeza gacha siguiendo a un camarero, rezando para no encontrarnos con ningún conocido. Ese sí que fue un paseillo eterno, nos sentíamos toreros a los que les han robado el traje de luces. Con ganas de dar explicaciones a todos los que nos miraban, acabamos sentándonos en la mesa de los apestados que gentilmente nos eligieron. Éramos como los personajes de Berlanga en 'Plácido', esos de "siente un pobre a su mesa por Navidad"...

Repuestos del sofocón, los tres guiñoles reíamos cómplices y procurábamos disimular nuestra procedencia. Lo peor era sentirte desnudo frente al mogollón de camareros, que sabían de sobra que íbamos de prestado con las mismas corbatas y chaquetas que cada noche delatan a los clientes indeseables. Bueno, pues pedimos el menú degustación para pasar el trago rápido sin tener que pronunciar el nombre de esos platos tan de tutiplén, y le dijimos a un señor con pinta de almirante de marina -al que todos llamaban Somelier-, que "nos lo regara con vinos de su elección". Yo no entendía por qué ese tal Somelier, que vaya nombre tan largo, iba a elegir los vinos en nuestro nombre, pero asentí cuando le oí decir eso tan chulo del riego a Fernando (el más culto).

"Es el mejor Somelier del mundo", justificaba Fernando. Y yo pensaba, "tampoco será difícil, con ese nombre no creo que compitan muchos"...porque si me dices "es el mejor Pablo del mundo"; pues pienso, "bueno, no sé en qué será tan bueno, pero debe de competir con otros diez mil Pablos"... Pero "Somelier"...joder, no era pa estar orgulloso de ganar nada. Si acaso, que se hubieran disculpao con él sus padres por ponerle ese nombre tan feo...

La cena: menudo espectáculo

Total, que la cena impresionante, la verdad, tomamos como cinco o seis platos a cual más sofisticado. Chico, que daba pena meterle el cuchillo, de bonitos que venían. Y siempre con sorpresa, que aparecían los tres camareros y nos ponían los platos tapaos con una jaula de metal por arriba. Como una cacerola al revés, pero en elegante. Y ¡chan!, lo destapaban los tres a la vez y te apartabas, claro, esperando que saliera un pájaro volando o un conejo o algo. Pero no, todo venía ya muerto, no sé pa que lo encerraban tanto. El caso es que a mí me daba un sofoco, cada vez que el camarero se inclinaba hacia mí pensaba "Ya está, ahora es cuando me coge con los dos brazos, me saca parriba y me echa...". Pero no, se portaban muy amables también con la mesa de los indigentes.

Ahora, lo que sí me pareció un poco mal fue lo de Somelier, que no tenía reparo en darle al alpiste mientras trabajaba. Llevaba colgado del cuello con una cadena un cacharro plateado que era como un pote de campamento pero en mejor. Y el tío cogía y, botella de vino que abría, chupito que se metía en el pote, ¡zas!, pa la buchaca. Pero así, sin disimular, delante del que hubiera pedido la botella. Que yo pensaba, "coño, pues si quiere vino, que lo diga, pero que no nos coja traguitos sólo porque seamos pobres". Pero claro, qué le ibas a decir, si con la facha de Lord que se daba te entraban ganas hasta de ayudarle a traer las copas: "No, por Dios, ¡cómo se va a ir usted a por ellas, déjelo, que ya nos acercamos nosotros!". Pero como nos daba vergüenza ir a la cocina y volver a pasar por delante de todos los ricos, al final sólo hacíamos el gesto, y Somelier nos decía que no con la mano.



Por lo demás, lo único digno de mención fueron las veces en que, aprovechando que no me miraban los camareros, Somelier y el maitre, yo me limpiaba la boca con la parte más ancha de la corbata o con la solapa de la chaqueta para pobres. Juan y Fernando se reían mucho al verme hacer esa travesura, aunque no sé si porque les hacía gracia o porque pensaban que alguien se habría limpiado antes con ese mismo trozo de corbata. Pero dejé de hacerlo, pues pensé que Somelier y los otros se enfadarían si me veían...al fin y al cabo, el restaurante era suyo, y yo no tenía por qué haberme colado a cenar como si fuera rico...

Adiós, adiós, hasta nunca...

Bueno, pues eso, que cenamos de muerte y batimos el récord de tiempo en la salida. Desde que nos levantamos de la mesa hasta que salimos por la puerta del Zalacaín, pasaron sólo 28 segundos (incluyendo ir al ropero, quitarse chaqueta y corbata y recuperar la ropa de pobres). La cuenta era poco dinero, 300 euros, que no sé cuánto es pero que ni me enteré, porque pagaban mis amigos...

Y nos fuimos. "Adiós, Zala, que hemos comío mu bien", le dije yo al maitre...luego ya me enteré de que lo de Zalacaín no era por él, pero ya no le pude decir nada. Y el hombre me sonrió forzado mientras le ponía el abrigo al dibujante Mingote, que era el más joven del sitio después de nosotros...

Pa corresponder al despilfarro, prometí yo pagar las copas, que se viera que yo también tenía dinero. Y fuimos a un sitio que yo creí que no existía...se llamaba St. Andrews, pero ninguno allí era inglés. Ahora, la pinta del más joven era como la de mi tío Pedro. O sea, de setenta y tantos. Lo que me extrañó es que no hubiera ninguna UVI móvil pa prevenir en la puerta. El sitio era todavía de más solera que el Zalacaín, con todo ciervos colgaos de las paredes y sofás burdeos de esos que brillaban cuando se compraron. El dueño era lo más exótico porque en vez de ir clásico y con corbata como iban todos menos nosotros tres, llevaba el pelo teñido de rubio a lo Lauren Postigo, una chaqueta color hueso y una corbata azul chillona que se mataba con todo: con el burdeos de los sofás, con el verde oscuro de las paredes... el tío iba vestido como pal caribe, pero sin llegar a irse.

Pasamos otro rato mu majo en ese sitio, salvo el susto de las llaves del coche de Fernando. Estábamos tan tranquilos, cuando de pronto se abrió la puerta y entró un aparcacoches al borde de la jubilación y con una gorra imponente de esas de plato. Y Fernando dio un respingo: "¡coño, mi coche! si ese no es el tío al que le he dejado las llaves...". Y sí, la verdad es que se las dio a un chaval joven con gorra de béisbol...Todos temimos lo peor: "El típico chaval que se pone una gorra de béisbol y se lleva el coche del más tonto"

Afortunadamente, al salir seguía allí el chaval, que se conoce que se debió de arrepentir de robarnos el coche y decidió esperarnos. Fernando, de premio, le dio un poco de propina pa un café. "Que se lo gaste en una gorra de plato, como el mayor", pensé yo...

Tampoco me dejaron pagarle las copas a Lauren Postigo, vaya noche chula que me hicieron pasar. Prometimos volver al Zalacaín dependiendo de una apuesta secreta que ya os contaremos. Si así fuera, el trato incluye que yo pague la cena pero que las corbatas y chaquetas de los tres las compren Juan y Fernando en Sepu. Se van a fastidiar Somelier, Maitre y sus amigos, se creen que no sabemos ir apaños como los demás...Ja.

Después de este cursillo, aceptamos invitaciones en casa de quien queráis, que ya sabemos como comportarnos y tó.

Hasta pronto, amiguitos.

Pablo Herreros